

DON DIEGO.

¿Y qué dijo cuando le diste el recado?

SIMON.

Ni una sola palabra... Muerto viene... Ya digo, ni una sola palabra... A mí me ha dado compasion el verle así, tan...

DON DIEGO.

No me empieces ya á interceder por él.

SIMON.

¿Yo, señor?

DON DIEGO.

Sí, que no te entiendo yo... ¡Compasion!.. Es un picaro.

SIMON.

Como yo no sé lo que ha hecho.

DON DIEGO.

Es un bribon, que me ha de quitar la vida... Ya te he dicho que no quiero intercesores.

SIMON.

Bien está, señor.

*(Vase por la puerta del foro. Don Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.)*

DON DIEGO.

Dile que suba.

ESCENA X.

DON CÁRLOS, DON DIEGO.

DON DIEGO.

Venga usted acá, señorito, venga usted..

¿En dónde ha estado usted desde que no nos vemos?

DON CÁRLOS.

En el meson de afuera.

DON DIEGO.

¿Y no has salido de allí en toda la noche, eh?

DON CÁRLOS.

Sí, señor; entré en la ciudad, y...

DON DIEGO.

¿A qué?... Siéntese usted.

DON CÁRLOS.

Tenía precision de hablar con un sujeto... *(Siéntase.)*

DON DIEGO.

¡Precision!

DON CÁRLOS.

Sí, señor... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme á Zaragoza sin estar primero con él.

DON DIEGO.

Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio... Pero venirle á ver á las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo... ¿Por qué no le escribiste un papel?... Mira, aquí he de tener... Con este papel que le hubieras enviado en mejor ocasion, no habia necesidad de hacerle trasnochar, ni molestar á nadie.

*(Dándole el papel que tiraron á la ventana. Don Carlos, luego que le reconoce, se vuelve y se levanta en ademán de irse.)*

DON CÁRLOS.

Pues si todo lo sabe usted, ¿para qué me llama? ¿Por qué no me permite seguir mi camino, y se evitaria una contestacion, de la cual ni usted ni yo quedaríamos contentos?

DON DIEGO.

Quiere saber su tío de usted lo que hay en esto, y quiere que usted se lo diga.

DON CÁRLOS.

¿Para qué saber más?

DON DIEGO.

Porque yo lo quiero y lo mando. ¡Oiga!

DON CÁRLOS.

Bien está.

DON DIEGO.

Siéntate ahí... (*Siéntase don Carlos.*) ¿En dónde has conocido á esa niña?... ¿Qué amor es éste? ¿Qué circunstancias han ocurrido?... ¿Qué obligaciones hay entre los dos? ¿Dónde, cuándo la viste?

DON CÁRLOS.

Volviéndome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalupe sin ánimo de detenerme; pero el intendente en cuya casa de campo nos apeamos, se empeñó en que habia de quedarme allí todo aquel dia, por ser cumpleaños de su parienta, prometiéndome que al siguiente me dejaria proseguir mi viaje. Entre las gentes convidadas hallé á doña Paquita, á quien la señora habia sacado aquel dia del convento para que se espaciese un

poco... Yo no sé qué vi en ella, que excitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible, de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos... El intendente dijo, entre otras cosas... burlándose... que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba don Félix de Toledo. Yo sostuve esta ficcion, porque desde luégo concebí la idea de permanecer algun tiempo en aquella ciudad, evitando que llegase á noticia de usted... Observé que doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos separamos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido á todos los concurrentes de aquel dia, que fueron muchos. En fin... Pero no quisiera ofender á usted refiriéndole...

DON DIEGO.

Prosigue.

DON CÁRLOS.

Supé que era hija de una señora de Madrid, viuda y pobre, pero de gente muy honrada... Fué necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañía; y él, sin aplaudirlos ni desaprobarlos, halló disculpas las más ingeniosas para que ninguno de su familia extrañara mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la ciudad, fácilmente iba y venia de noche... Logré que doña Paquita leyese algunas cartas mias; y con las pocas respuestas que de ella tuve, acabé de precipitarme en una pasion que mientras viva me hará infeliz.

DON DIEGO.

Vaya... Vamos, sigue adelante.

DON CÁRLOS.

Mi asistente (que, como usted sabe, es hombre de travesura y conoce el mundo), con mil artificios que á cada paso le ocurrían, facilitó los muchos estorbos que al principio hallábamos... La seña era dar tres palmadas, á las cuales respondían con otras tres desde una ventanilla que daba al corral de las monjas. Hablábamos todas las noches, muy á deshora, con el recato y las precauciones que ya se dejan entender... Siempre fui para ella don Félix de Toledo, oficial de un regimiento, estimado de mis jefes y hombre de honor. Nunca la dije más, ni la hablé de mis parientes ni de mis esperanzas, ni la dí á entender que casándose conmigo podría aspirar á mejor fortuna; porque ni me convenia nombrarle á usted, ni quise exponerla á que las miras de interes, y no el amor, la inclinasen á favorecerme. De cada vez la hallé más fina, más hermosa, más digna de ser adorada... Cerca de tres meses me detuve allí; pero al fin era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dejé rendida á un desmayo mortal, y me fui ciego de amor adonde mi obligacion me llamaba... Sus cartas consolaron por algun tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos dias há, me dijo como su madre trataba de casarla, que primero perderia la vida que dar su mano á otro que á mí; me acordaba mis juramentos, me exhortaba á cumplirlos... Mon-

té á caballo, corrí precipitado al camino, llegué á Guadalajara, no la encontré, vine aquí... Lo demas bien lo sabe usted, no hay para qué decirselo.

DON DIEGO.

¿Y qué proyectos eran los tuyos en esta venida?

DON CÁRLOS.

Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor, pasar á Madrid, verle á usted, echarme á sus piés, referirle todo lo ocurrido, y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni... eso no... Sólo su consentimiento y su bendicion para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

DON DIEGO.

Pues ya ves, Cárlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

DON CÁRLOS.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Si tú la quieres, yo la quiero tambien. Su madre y toda su familia aplauden este casamiento. Ella... y sean las que fueren las promesas que á tí te hizo... ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre y darme la mano así que...

DON CÁRLOS.

Pero no el corazon. (*Levántase.*)

DON DIEGO.

¿Qué dices?

DON CARLOS.

No, eso no... Sería ofenderla... Usted celebrará sus bodas cuando guste; ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy y lo seré... Usted se llamará su marido, pero si alguna ó muchas veces la sorprende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte usted jamás el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la causa... Los suspiros, que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas á un amigo ausente.

DON DIEGO.

¿Qué temeridad es ésta?

*(Se levanta con mucho enojo, encaminándose hacia don Carlos, el cual se va retirando.)*

DON CARLOS.

Ya se lo dije á usted... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofenderle... Pero acabemos esta odiosa conversacion... Viva usted feliz, y no me aborrezca, que yo en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente... Pero no se me niegue á lo ménos el consuelo de saber que usted me perdona.

DON DIEGO.

¿Con que en efecto te vas?

DON CARLOS.

Al instante, señor... Y esta ausencia será bien larga.

DON DIEGO.

¿Por qué?

DON CARLOS.

Porque no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegaran á verificar... entonces...

DON DIEGO.

¿Qué quieres decir?

*(Asiendo de un brazo á don Carlos, le hace venir más adelante.)*

DON CARLOS.

Nada... Que apetezco la guerra, porque soy soldado.

DON DIEGO.

¿Carlos!... ¡Qué horror!... ¿Y tienes corazon para decirme lo?

DON CARLOS.

Alguien viene... *(Mirando con inquietud hacia el cuarto de doña Irene, se desprende de don Diego, y hace ademán de irse por la puerta del foro. Don Diego va detras de él y quiere impedirsele.)* Tal vez será ella... Quede usted con Dios.

DON DIEGO.

¿A dónde vas?... No, señor, no has de irte.

DON CARLOS.

Es preciso... Yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle á usted inquietudes crueles.

DON DIEGO.

Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese cuarto.

Pero sí... DON CÁRLOS.

DON DIEGO.

Haz lo que te mando.

(*Entrase don Carlos en el cuarto de don Diego.*)

ESCENA XI.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

DOÑA IRENE.

Conque, señor don Diego, ¿ es ya la de vámonos? Buenos días... (*Apaga la luz que está sobre la mesa.*) ¿ Reza usted?

DON DIEGO, *paseándose con inquietud.*

Sí, para rezar estoy ahora.

DOÑA IRENE.

Si usted quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al mayoral para que enganchen luego que... Pero, ¿ qué tiene usted, señor?... ¿ Hay alguna novedad?

DON DIEGO.

Sí, no deja de haber novedades.

DOÑA IRENE.

Pues qué... Dígalo usted por Dios... ¡ Vaya, vaya! No sabe usted lo asustada que estoy... Cualquiera cosa, así, repentina, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve quedé tan sumamente delicada de los nervios... Y va ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entónces, ya digo,

cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos, nada me ha servido; de manera que...

DON DIEGO.

Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa más importante de que tratar... ¿ Qué hacen esas muchachas?

DOÑA IRENE.

Están recogiendo la ropa y haciendo el cofre, para que todo esté á la vela y no haya detencion.

DON DIEGO.

Muy bien. Siéntese usted... Y no hay que asustarse ni alborotarse (*Siéntanse los dos.*) por nada de lo que yo diga; y cuenta, no nos abandone el juicio cuando más lo necesitamos... Su hija de usted está enamorada...

DOÑA IRENE.

¿ Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí, señor, que lo está; y bastaba que yo lo dijese para que...

DON DIEGO.

¡ Este vicio maldito de interrumpir á cada paso! Déjeme usted hablar.

DOÑA IRENE.

Bien, vamos, hable usted.

DON DIEGO.

Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

DOÑA IRENE.

¿Qué dice usted?

DON DIEGO.

Lo que usted oye.

DOÑA IRENE.

Pero ¿quién le ha contado á usted esos disparates?

DON DIEGO.

Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado; y cuando se lo digo á usted, bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿qué llanto es ése?

DOÑA IRENE, *llorando*.

¡Pobre de mí!

DON DIEGO.

¿A qué viene eso?

DOÑA IRENE.

¡Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

DON DIEGO.

Señora doña Irene...

DOÑA IRENE.

Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera, como un estropajo, como una puerca cenicienta, vamos al decir... ¿quién lo creyera de usted?... ¡Válgame Dios!... ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenía un genio como una serpiente...

DON DIEGO.

Mire usted, señora, que se me acaba ya la paciencia.

DOÑA IRENE.

Que lo mismo era replicarle que se ponía hecho una furia del infierno, y un día del Corpus, yo no sé por qué friolera, hartó de mojicones á un comisario ordenador, y si no hubiera sido por dos padres del Cármen, que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

DON DIEGO.

Pero ¿es posible que no ha de atender usted á lo que voy á decirle?

DOÑA IRENE.

¡Ay! no, señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no, señor... Usted ya no quiere á la niña, y busca pretextos para zafarse de la obligación en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazón!

DON DIEGO.

Señora doña Irene, hágame usted el gusto de oírme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que usted sepa lo que hay, lllore, y gima, y grite, y diga cuanto quiera... Pero entre tanto no me apure usted el sufrimiento, por amor de Dios.

DOÑA IRENE.

Diga usted lo que le dé la gana.

DON DIEGO.

Que no volvamos otra vez á llorar y á...

DOÑA IRENE.

No, señor, ya no lloro.

*(Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.)*

DON DIEGO.

Pues hace ya cosa de un año, poco más ó ménos, que doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y por último, existe en ambos una pasión tan fina, que las dificultades y la ausencia, léjos de disminuirla, han contribuido eficazmente á hacerla mayor... En este supuesto...

DOÑA IRENE.

Pero ¿no conoce usted, señor, que todo es un chisme, inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien?

DON DIEGO.

Volvemos otra vez á lo mismo... No, señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

DOÑA IRENE.

¿Qué ha de saber usted, señor, ni qué traza tiene eso de verdad? ¡Con que la hija de mis entrañas encerrada en un convento, ayudando los siete reviernes, acompañada de aquellas santas religiosas! ¡Ella, que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del cascaron, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe usted el genio que tiene Circuncision... Pues bonita es ella para haber disimulado á su sobrina el menor desliz.

DON DIEGO.

Aquí no se trata de ningun desliz, señora doña Irene; se trata de una inclinacion honesta, de la cual hasta ahora no habiamos tenido antecedente alguno. Su hija de usted es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es que la madre Circuncision, y la Soledad, y la Candelaria, y todas las madres, y usted, y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro, y no conmigo... Hemos llegado tarde; usted ha contado muy de ligero con la voluntad de su hija... Vaya, ¿para qué es cansarnos? Lea usted ese papel, y verá si tengo razon.

*(Saca el papel de don Carlos y se le da. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca á la pueria de su cuarto y llama. Levántase don Diego, y procura en vano cante-nerla.)*

DOÑA IRENE.

¡Yo he de volverme loca!... ¡Francisquita!... ¡Virgen del Tremedal! ¡Rita! ¡Francisca!

DON DIEGO.

Pero ¿á qué es llamarlas?

DOÑA IRENE.

Sí, señor, que quiero que venga, y que se desengañe la pobrecita de quién es usted.

DON DIEGO.

Lo echó todo á rodar... Esto le sucede á quien se fia de la prudencia de una mujer.

ESCENA XII.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DOÑA IRENE,  
DON DIEGO.

RITA.

¡Señora!

DOÑA FRANCISCA.

¿Me llamaba usted?

DOÑA IRENE.

¡Sí, hija, sí; porque el señor don Diego nos trata de un modo que ya no se puede aguantar. ¿Qué amores tienes, niña? ¿A quién has dado palabra de matrimonio? ¿Qué enredos son éstos?... Y tú, picarona... Pues tú también lo has de saber... Por fuerza lo sabes... ¿Quién ha escrito este papel? ¿Qué dice?...

*(Presentando el papel abierto á doña Francisca.)*

RITA, *aparte á doña Francisca.*

Su letra es.

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué maldad!... Señor don Diego, ¿así cumple usted su palabra?

DON DIEGO.

Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga usted aquí... *(Asiendo de una mano á doña Francisca, la pone á su lado.)* No hay que temer... Y usted, señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Déme usted ese papel... *(Quitándola el papel de las manos á doña Irene.)* Paquita,

ya se acuerda usted de las tres palmadas de esta noche.

DOÑA FRANCISCA.

Mientras viva me acordaré.

DON DIEGO.

Pues este es el papel que tiraron á la ventana... No hay que asustarse, ya lo he dicho. *(Lee.)* «Bien mio; si no consigo hablar con usted, haré lo posible para que llegue á sus manos esta carta. Apenas me separé de usted, encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo, y al verle no sé como no espiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la ciudad, y fué preciso obedecerle. Yo me llamo don Carlos, no don Félix... Don Diego es mi tío. Viva usted dichosa, y olvide para siempre á su infeliz amigo. — *Carlos de Urbina.*

DOÑA IRENE.

¿Con que hay eso?

DOÑA FRANCISCA.

¡Triste de mí!

DOÑA IRENE.

¿Con que es verdad lo que decía el señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí.

*(Se encamina hacia doña Francisca, muy cólerica y en ademán de querer maltratarla. Rita y don Diego procuran estorbarlo.)*

DOÑA FRANCISCA.

¡Madre!... Perdon.

DOÑA IRENE.

No, señor, que la he de matar.

DON DIEGO.

¿Qué locura es ésta?

DOÑA IRENE.

He de matarla.

ESCENA XIII.

DON CARLOS, DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA.

DON CÁBLOS.

Eso no... *(Sale don Carlos del cuarto precipitadamente; coge de un brazo á doña Francisca, se la lleva hacia el fondo del teatro, y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.)* Delante de mí nadie ha de ofenderla.

DOÑA FRANCISCA.

¡Carlos!

DON CÁBLOS, *acercándose á don Diego.*

Disimule usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

DOÑA IRENE.

¿Qué es lo que me sucede, Dios mío?... ¿Quién es usted?... ¿Qué acciones son éstas? ¡Qué escándalo!

DON DIEGO.

Aquí no hay escándalos... Ese es de quien

su hija de usted está enamorada... Separarlos y matarlos, viene á ser lo mismo... Carlos... No importa... Abraza á tu mujer.

*(Don Carlos va adonde está doña Francisca, se abrazan y ambos se arrodillan á los piés de don Diego.)*

DOÑA IRENE.

¿Con que su sobrino de usted?

DON DIEGO.

Sí, señora, mi sobrino, que con sus palmas, y su música, y su papel me ha dado la noche más terrible que he tenido en mi vida... ¿Qué es esto, hijos míos, qué es esto?

DOÑA FRANCISCA.

¿Conque usted nos perdona y nos hace felices?

DON DIEGO.

Sí, prendas de mi alma... Sí.

*(Los hace levantar con expresiones de ternura.)*

DOÑA IRENE.

¿Y es posible que usted se determine á hacer un sacrificio?...

DON DIEGO.

Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... ¡Carlos!... Paquita!... ¡Qué dolorosa impresion me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer! Porque, al fin soy hombre miserable y débil.

DON CARLOS, (*Besándole las manos.*)

Si nuestro amor, si nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á usted en tanta pérdida...

DOÑA IRENE.

¡Con que el bueno de don Carlos! Vaya que...

DON DIEGO.

Él y su hija de usted estaban locos de amor, miéntas usted y las tias fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece; éstas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido á tiempo el error en que estaba... ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

DOÑA IRENE.

En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, señor, venga usted, que quiero abrazarle... (*Abrazanse don Carlos y doña Irene, doña Francisca se arrodilla y la besa la mano.*) Hija, Francisquita. ¡Vaya! Buena eleccion has tenido... Cierito que es un mozo muy galan... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA.

Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millon de besos.

(*Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.*)

DOÑA FRANCISCA.

¿Pero ves qué alegría tan grande?... Y tú, como me quieres tanto... siempre, siempre serás mi amiga.

DON DIEGO.

Paquita hermosa (*Abraza á doña Francisca.*), recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba á mi vejez... Vosotros (*Asiendo de las manos á doña Francisca y á don Carlos.*) seréis la delicia de mi corazon; y el primer fruto de vuestro amor... sí, hijos, aquel... no hay remedio, aquél es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos podré decir: á mí me debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

DON CÁRLOS.

¡Bendita sea tanta bondad!

DON DIEGO.

Hijos, bendita sea la de Dios.

FIN.

---

---

ÍNDICE.

---

	<u>Páginas.</u>
La Comedia nueva. . . . .	5
El Sí de las niñas. . . . .	75

